



El amor en san Pablo

www.bibliayvida.com

LA BIBLIA NOS CUENTA

Himno al Amor. 1 Corintios 13

Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor, soy como campana que suena o címbalo que retiñe.

Y aunque tuviera el don de hablar en nombre de Dios y conociera todos los misterios y toda la ciencia; y aunque mi fe fuese tan grande como para trasladar montañas, si no tengo amor, nada soy.

Y aunque repartiera todos mis bienes a los pobres y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, de nada me sirve.

El amor es paciente y bondadoso;
no tiene envidia,
ni orgullo ni jactancia.
No es grosero, ni egoísta;
no se irrita ni lleva cuentas del mal;
no se alegra de la injusticia,
sino que encuentra su alegría en la verdad.
Todo lo excusa, todo lo cree,
todo lo espera, todo lo aguanta.

El amor no pasa nunca. Desaparecerá el don de hablar en nombre de Dios, cesará el don de expresarse en un lenguaje misterioso, y desaparecerá también el don del conocimiento profundo. Porque ahora nuestro saber es imperfecto,

como es imperfecta nuestra capacidad de hablar en nombre de Dios; pero cuando venga lo perfecto desaparecerá lo imperfecto. Cuando yo era niño, hablaba como niño, razonaba como niño; al hacerme hombre, he dejado las cosas de niño. Ahora vemos por medio de un espejo y oscuramente; entonces veremos cara a cara. Ahora conozco imperfectamente, entonces conoceré como Dios mismo me conoce.

Ahora subsisten estas tres cosas: la fe, la esperanza, el amor, pero la más excelente de todas es el amor.

La Esperanza. Romanos 8,18-25

Los padecimientos del tiempo presente no pueden compararse con la gloria que un día se nos revelará. Porque la creación misma espera anhelante que se manifieste lo que serán los hijos de Dios. Condenada al fracaso, no por propia voluntad, sino por aquel que así lo dispuso, la creación vive en la esperanza de ser también ella liberada de la servidumbre de la corrupción y participar así en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Sabemos en efecto, que la creación entera está gimiendo con dolores de parto hasta el presente. Pero no sólo ella; también nosotros, los que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior suspirando porque Dios nos haga sus hijos y libere nuestro cuerpo.

Porque ya estamos salvados, aunque sólo en esperanza; y es claro que la esperanza que se ve no es propiamente esperanza, pues ¿quién espera lo que tiene ante los ojos? Pero si esperamos lo que no vemos, estamos aguardando con perseverancia.

AMOR RECIBIDO. AMOR REGALADO

Antes de empezar a comentar el himno de 1 Corintios 13, hay que aclarar que la palabra «amor» para los cristianos significa dos cosas: Por un lado, el amor que nosotros *damos* a Dios y a los demás, por otro lado, el amor que nosotros *recibimos* de Dios. Es muy importante reconocer que el primero de los dos es el amor *recibido*.

Pablo lo dice bien claro en la carta a los Romanos:

Estábamos nosotros incapacitados para salvarnos, pero Cristo murió por los impíos en el tiempo señalado. Es difícil dar la vida incluso por un hombre de bien; aunque por una persona buena quizá alguien esté dispuesto incluso a morir. Pues bien, *Dios nos ha mostrado su*

amor porque Cristo murió por nosotros cuando aún éramos pecadores.

Ningún cristiano puede mantener su fe si olvida esto, porque entonces pensará que lo primero es ponerse a amar a Dios y a los demás, y cuando le lleguen las dificultades no tendrá ningún punto de apoyo.

No. Convenzámonos antes de seguir: lo primero es el amor que Dios nos tiene. Por él, y sólo por él, tiene sentido que nosotros nos pongamos a amar. No se puede hacer un edificio sin cimientos, porque se cae en una semana; tampoco se mantiene en pie un cristiano si no reconoce cuánto le ama Dios, cuánto le perdona, cuánto le ayuda a pesar de las muchas dificultades de la vida.

Por eso, cuando Pablo habla del amor en la carta a los corintios, sabe muy bien que

EL HIMNO AL AMOR

Los cristianos de Corinto tenían algunos problemas que Pablo quiere que corrijan enviándoles la carta. Uno de los principales era su falta de unidad, de cercanía entre todos los miembros de la comunidad. Había grupos de cristianos que no compartían las mismas ideas, e incluso acusaban a los otros de estar equivocados. En sus discusiones, algunos decían que eran fieles a Pablo, otros que preferían seguir la enseñanzas de otro evangelizador, llamado Apolo, y así la reconciliación entre los distintos grupos se hacía cada vez más difícil.

Uno de los motivos de discusión eran los «carismas» de cada grupo. En las Iglesias primitivas, en las que no había tanta organización como ahora, las distintas tareas de la comunidad se repartían entre

todo tiene su origen en Dios. Él mismo ha experimentado la misericordia y el perdón de Dios que le llamó a ser anunciador del evangelio por todo el mundo.

El cristiano parte siempre de su experiencia, cuenta la vivencia de amor *recibido* de Dios, empieza desde ahí. Después se vuelca para amar al hermano, especialmente el más necesitado, que es donde descubre que está presente el mismo Jesús. Porque tampoco es posible recibir el amor de Dios, experimentarlo en profundidad, y quedarse de brazos cruzados. El amor de Dios no es sólo un manantial de vida, es un torrente arrollador que inunda la vida entera y se desborda en amor desinteresado, generoso y total por los hermanos.

todos. Algunos hablaban en nombre de Dios, es decir, interpretaban lo que sucedía a su alrededor, buscando tomar decisiones, y así lo comunicaban a los hermanos; es lo que se conoce como «don de profecía». Había otros que «hablaban en un lenguaje misterioso» (el llamado «don de lenguas»), que consideraban una manifestación del Espíritu Santo; otros se responsabilizaban del servicio; otros se dedicaban al estudio de las Escrituras y al conocimiento; otros decían que tenían más fe que nadie...

Toda esta riqueza de la comunidad, llamada «carismas», era mal aprovechada porque no contribuía a la unidad, sino a las discusiones y a las comparaciones: «en mi grupo tenemos más conocimiento que el tuyo», «pues nosotros tenemos más don de

lenguas», «eso no es nada, en el don de profecía no nos gana nadie...»

Frente a esta desunión, Pablo dice muchas cosas en la primera carta a los corintios, y una de ellas es el capítulo 13, en el que quiere ir al núcleo más hondo de todos los carismas, a lo que realmente importa. Y lo descubre precisamente en el amor.

El capítulo 13 está dividido en tres partes. Se le llama el Cántico o Himno del Amor. Aunque no todo él está escrito en verso, su forma sí es cercana a la poesía. A Pablo no le interesa tanto que los corintios (y nosotros) *comprendan* su mensaje; tienen que escucharlo con la mente y con el *corazón*, tienen que convertirlo en vida, hacerlo fructificar. Y para ello no hay nada mejor que mover el interior de las personas, tocarles el alma, con un poema lleno de fuerza.

La necesidad del amor

La primera estrofa del himno comienza haciendo comparaciones. Menciona los carismas que les gustaban tanto a los de Corinto, y añade algunos gestos más que pueden parecer expresión de una inmensa donación.

Hablar todas las lenguas humanas y divinas no sirve para amar, tan sólo para enorgullecerse, para que se hinche el ego. El «don de lenguas», del que algunos en Corinto estaban tan orgullosos, no es más que un motivo de vanagloria que ni construye la comunidad, ni favorece la unidad, ni da testimonio ante el mundo del evangelio de Jesús. Por ello Pablo compara el don de lenguas a instrumentos musicales que pueden ensordecir sin transmitir nada. El amor está por encima del don de lenguas.

El don de profecía era más interesante, significaba tener conocimiento para entender el mensaje de Jesús, comprender el evangelio y tomar decisiones acertadas en la comunidad. No era nada despreciable. Pero Pablo sigue comparando los distintos carismas con el amor, y por ello insiste que ni profecía ni conocimiento sirven para nada sin amor auténtico.

Ni siquiera la fe, y esto nos sorprende, sirve sin amor. Para el cristiano, llamado a construir su comunidad y a evangelizar con su testimonio, la fe sin amor le deja vacío. Pablo dice que «sin amor nada soy», es decir, que perdería su «esencia» su «ser» más propio y auténtico. Lo que no es, lo que no existe, no pasa de una ilusión, una imagen, una quimera. Esto es precisamente el cristiano con conocimiento, con fe pero sin amor: nada, sencillamente no existe, no es cristiano.

Pero todavía le queda a Pablo un último ejemplo. Incluso los gestos mayores de entrega, los sacrificios más grandes, es posible hacerlos sin amor. Repartir todos los bienes a los pobres es la invitación que Jesús hizo al joven rico, pero aquél no quiso, porque aceptaba que Jesús fuese un maestro, pero no el Señor que pudiese dar sentido a su vida entera. Entregar el cuerpo a las llamas es una expresión simbólica (no se trata de una práctica que hiciesen de verdad los cristianos), representa el máximo sacrificio, la máxima entrega. Pues ni siquiera eso, por mucho que lo aparente, significa nada sin amor.

El amor es...

Después de las comparaciones, Pablo dedica quince expresiones a hablar del amor cristiano. La palabra «amor» puede

significar tantas cosas que al final no nos aclaramos; en Grecia contaban con tres palabras distintas: una subrayaba el amor pasional (*eros*), otra el afecto de la amistad (*filia*) y la tercera (*agape*), la que utiliza Pablo, es la que los cristianos prefirieron para hablar del mensaje de Jesús. Pablo lo explica de forma poética:

El amor es paciente y bondadoso; no tiene envidia, ni orgullo ni jactancia.

No es grosero, ni egoísta; no se irrita ni lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que encuentra su alegría en la verdad.

Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo aguanta.

Puesto que este texto se explica por sí solo, lo mejor es llevarlo a la oración, rezar con él despacio, fijándonos en cada matiz, en cada detalle, sin prisas.

Cada una de las palabras que escribe Pablo quiere que nos las apliquemos a nosotros mismos. Nos podemos ir preguntando ante Dios: ¿soy yo paciente?, ¿soy yo bondadoso? etc. Está claro que Pablo presenta un ideal muy elevado. No hacemos revisión de nuestra vida para decepcionarnos de nosotros mismos, sino para reconocer con humildad cuánto nos sigue ayudando Dios a mejorar. La conclusión de esta oración debe ser siempre «gracias, Señor, por darme la fuerza para crecer en amor».

Cuando Pablo dice que el amor «todo lo excusa y lo tolera», no quiere decir que no haya que denunciar las injusticias, reclamar los derechos de los pobres, ni abandonarse a la opresión. Pablo habla de la relación con los hermanos, y de la comprensión que lleva a perdonarlos siempre, animándolos a mejorar. En otros momentos Pablo pide

que los hermanos se corrijan entre sí, pero nunca puede hacerse por rencor ni odio, sino por el amor que empieza perdonando siempre.

Lo imperfecto es pasajero

En la tercera estrofa Pablo hace varias contraposiciones. Su mensaje central está al principio y al final: «el amor, lo más excelente, no pasa nunca».

En la comunidad de Corinto, como hemos visto, se valoraban mucho algunos carismas, pero se dejaba de lado el amor. Pablo vuelve a insistir, como al principio. ¿Os jactáis de tener don de profecía? Pues ese don llegará un momento en que desaparecerá, porque no hará falta hablar en nombre de Dios cuando Dios sea todo en todos. ¿Os enorgulleceís de hablar en un lenguaje misterioso? Llegará un momento en que no servirá de nada. Y más todavía, ¿os parece motivo de gloria saber mucho, tener muchos conocimientos sobre Dios y el evangelio? Pues todo eso no es nada en comparación con el amor, porque llegará un día en el que veremos a Dios cara a cara y no hará falta que nadie nos lo explique.

Por ahora conocemos de forma imperfecta, porque vivimos en este mundo, y los conocimientos que tenemos son limitados. Igual que sucede con los niños, que al principio razonan de forma limitada, pero al hacerse adultos comprenden mejor las cosas. Así nos sucederá también con el evangelio. Llegará un momento en el que conoceremos plenamente a Dios, lo conoceremos tanto como él nos conoce a nosotros.

Con esta explicación, Pablo, además de dejarnos una enseñanza bellísima sobre la primacía del amor, de paso les está

llamando críos a los corintios. Les dice que, a pesar de las apariencias, no están comprendiendo el evangelio. Les dice que se enorgullecen de las cosas que no tienen tanto valor, pero que están olvidando las fundamentales. Les sugiere, en el fondo, que ellos son todavía como ese niño que no entiende, que razona como niño, dejándose llevar por cualquier cosa que le fascine, que le parezca admirable, y descuidando el amor que se vive en el día a día, en el esfuerzo paciente y cotidiano, en el testimonio callado del que vive su fe con humildad y sencillez.

El defecto de fondo de los corintios es dejarse llevar por las apariencias, y olvidar la importancia de lo más profundo. Precisamente el mismo defecto que tenemos nosotros hoy en día. Es una anomalía de toda la sociedad, pero nos afecta directamente a todos. Ponemos nuestros ojos en seguida en las apariencias, en las ropas, en los adornos, en el aspecto

externo, y hasta podemos juzgar a las personas como buenas o malas, como interesantes o superfluas tan sólo con un vistazo.

Y lo mismo nos sucede en nuestra religión. Buscamos más de una vez milagros fáciles, pasamos el billete de lotería por la estatua de la Virgen, preferimos largos rezos llenos de palabras interminables, nos quejamos a veces a Dios porque no hace caso a nuestros miles de oraciones... Pablo nos diría también a nosotros: Si no tienes amor, todo eso no te sirve de nada. Porque lo primero, lo más importante, lo crucial para vivir y existir como cristiano, es el amor.

Todo lo demás puede ser más o menos interesante (excepto lo del billete de lotería, como si la Virgen no tuviese otras cosas que atender), pero sólo después de vivir el amor cristiano profundamente y desde dentro.

(cc) www.bibliayvida.com

Texto bajo licencia Creative Commons.
Ver detalles en www.bibliayvida.com/creditos